

y á sus pies blancas losas. En la senda
desierta de la vida, Dios benigno,
también para que el hombre descansara
oasis preparó dulce y tranquilo,
¡el cementerio! Pobres caminantes,
llegasteis ya: tendeos y dormios.

LAS MARIPOSAS

En enjambre feliz vuelan gozosas
las mariposas blancas sobre el mar.
¡Oh, mariposas, blancas mariposas!
¿Cuándo, como voláis, podré volar?

Tú, mi adorada, hermosa bayadera,
de ojos tan negros cual ningunos vi,
¿sabes adónde revolando fuera,
á ser posible el vuelo para mí?

Cruzando los jardines y los huertos,
sin detenerme ante ninguna flor,
fuera á besar tus labios entreabiertos,
y en ellos á morir, ebrio de amor.



ALFREDO DE MUSSET



LA NOCHE DE MAYO

LA MUSA

Toma la blanda cítara, poeta,
y ven á darme un beso.
Ya ostenta la campestre zarzarrosa
el botón entreabierto.
Esta noche llegó la Primavera;
aletean los céfiros;
y esperando que brille la alborada,
el trinador jilguero
en las ramas se posa,
todas vestidas ya de brotes nuevos.
Toma la blanda cítara, poeta,
y ven á darme un beso.

EL POETA

¡Cuán tenebroso está el valle!
Creí ver, allá á lo lejos,
flotar una forma blanca,
cubierta de tenue velo.
De la pradera venía,
y hacia el bosque se fué huyendo;
apenas el verde césped
hollaba su pie ligero.
¡Fué una visión engañosa!
¡Despareció como un sueño!

LA MUSA

¡Toma, toma la cítara, poeta!
 El crepúsculo incierto
 ya columpia en sus diáfanos crespones
 los sosegados vientos.
 La rosa, aún virgen, cierra su capullo
 al nacarado insecto,
 que embriagó su perfume. ¡Escucha! Todo
 duerme en hondo silencio.
 Piensa en tu bien amada. El sol poniente
 dió esta tarde más lentos,
 más dulces sus adioses, á los tilos
 que levantan sus frondas en el huerto.
 Todo va á florecer. Naturaleza
 está llena de aromas y de besos,
 cual de nuevos esposos
 el delicioso lecho.

EL POETA

Corazón, ¿por qué palpitas
 y no cabes en el pecho?
 ¡Algo en mi interior se agita
 que me asombra y me da miedo!
 ¿Están llamando á la puerta?
 No sé, no sé lo que siento.
 Mi lámpara moribunda,

¿por qué sus tristes destellos
 cambia en vivos resplandores,
 que casi me dejan ciego?
 ¿Quién llama? Nadie responde.
 ¡Es el reloj! ¿Por qué tiemblo?
 ¡Estoy solo, y triste, y pobre!
 ¡Qué desdicha, santos cielos!

LA MUSA

¡Ven, y toma la cítara, poeta!
 Hoy fermenta de nuevo
 en las venas de Dios el rojo mosto
 de la ardorosa juventud. Inquieto
 late mi corazón. Por los afanes
 del placer está opreso.
 Al respirar las ráfagas sedientas,
 mis labios son de fuego.
 ¡Niño indolente, mira! Soy hermosa.
 ¿No recuerdas el beso
 primero que te di? Febril estaba
 y pálida tu frente. Te vi enfermo,
 y en ella puse el labio compasiva.
 Tú, llorando y gimiendo,
 te arrojaste en mis brazos. Tu amargura

halló alivio y consuelo.
 Ibas á perecer de mal de amores;
 yo, de esperanzas muero.
 Consuélame ahora tú. Los dos orando
 el día esperaremos.

EL POETA

¿Eres tú la que me llamas
 con tan cariñoso acento,
 eres tú, mi pobre Musa,
 mi flor, mi vida, mi cielo,
 único sér en el mundo
 que mi amor guarda en su pecho;
 amante, á la vez, y hermana,

rubia deidad de mis sueños;
 eres tú la que, asombrado,
 llegar entre sombras veo?
 De tu manto luminoso
 rozan los flotantes velos
 mi frente, y entre sus pliegues
 queda mi espíritu envuelto.

LA MUSA

Ven; la cítara toma: ¡soy tu amada!
 Mudo, abatido, trémulo,
 esta noche te he visto, y como el ave
 á quien llaman piando sus polluelos,
 para llorar, para gemir contigo,
 he bajado del cielo.
 ¡No sufras más! Tu corazón cansado
 corroe el fosco tedio;
 algo, que ignoras y explicar no sabes,
 ha gemido en tu seno;
 algún amor fugaz, alguna sombra
 de goce, algún remedo
 de la felicidad que loco ansias.
 ¡Ven, y ante Dios cantemos!
 Cantemos tus placeres voladores,
 tus penosos recuerdos;
 y en un ósculo juntas nuestras almas,
 á incógnita región tiendan el vuelo.
 A nuestra voz, de tu agotada vida
 despertarán los ecos;
 de glorias, de placeres, de locuras,
 en coloquio sin término,
 dando á la fantasía rienda suelta,
 caprichosos y alegres hablaremos.
 Finjamos un lugar donde se olvide;
 ven, todo el mundo es nuestro.
 Mira la verde Escocia;
 Italia, la morena, allá la veo;

más allá, Grecia, la de dulces mieles,
¡mi madre!, Atenas, y Argos, y Pteleon,
la ciudad de las viejas catacumbas;
Messa divina, en cuyo limpio cielo
la paloma torcaz revolotea;
la cumbre hirsuta del Pelión soberbio;
el Titareso azul; el manso golfo,
de los cisnes espejo,
que la blanca Olvasona á un lado muestra
y Canyra, la blanca, al lado opuesto.

De nuestro canto, que á los cielos suba,
¿cual será el argumento?
Las lágrimas que inunden nuestros párpados,
¿por qué las verteremos?
Esta mañana, cuando tú los ojos
á la luz has abierto,
¿cuál era el serafín que, pensativo,
bajando hasta tu techo
y derramando flores, te contaba
de su soñado amor dulces secretos?
¿Vibrará en nuestro canto la esperanza,
ó la amargura? El escuadrón guerrero
¿quieres que á la batalla conduzcamos,
de púrpura tiñéndolo?
¿Que suspendamos al feliz amante
en la escala de seda? ¿Que á los vientos
demos la espuma del corcel? ¿Prefieres
decir quién, á las lámparas del cielo,
para que alumbren siempre, noche y día,
da el óleo santo del amor eterno?
¿Diremos á Tarquino:
«La noche cerró ya; llegó el momento?»
¿Buscaremos la perla
en el fondo del mar? ¿Puro y sereno,
á la Melancolía mostrar quieres
el firmamento azul? En los senderos
que abren las rocas en las arduas cimas,
¿quieres seguir al cazador intrépido?
La cierva, acorralada, lo contempla;
llora y suplica; en el jaral espeso
aguardándola están los cervatillos.
El cazador al flanco le hunde el hierro,
y el corazón, aún palpitante, arroja,
á sus canes hambrientos.

¿Quieres pintar hermosa damisela,
de sonrosada faz y labios frescos,
que á misa va con su devota madre,
y alguien de ellas en pos; y ya en el templo
arrodillada, la oración bendita
muere en sus labios trémulos,
al oír las espuelas resonantes
del audaz caballero?

¿Quieres que los heroicos paladines,
gloria de Francia un tiempo,
de punta en blanco armados, á las torres
del castillo feudal suban de nuevo,
y repitan las bélicas hazañas
que cantó el trovador con rudos versos?
¿Deseas que á la pálida Elegía
blanco cendal para su frente demos?
¿Será mejor que oigamos al vencido
de Waterloo contar su vida y hechos,
y sus matanzas del rebaño humano
antes que el implacable mensajero
de la noche, de un golpe de sus alas
lo tendiera en el féretro,
cruzándole las insensibles manos
sobre el ya frío corazón de hierro?

¿Quieres clavar en la fatal picota
de la severa sátira al abyecto
libelista procaz, que siete veces
vendió la pluma infame, y aún al genio
ansia arrancar el victorioso lauro,
que manchó con su aliento?

¡Toma, toma la cítara, poeta!
Callar más ya no puedo.
El soplo de la dulce primavera
abre mis alas; se me lleva el viento.
¡Una lágrima tuya! Dejo el mundo...
Dios me escucha: ¡aún es tiempo!

EL POETA

¡Oh Musa! ¡Oh hermana mía!
Si es lo que imploran tus ruegos,
de mis ojos una lágrima,
de mi labio ansioso un beso,
ese beso y esa lágrima
gustoso dártelos quiero.

Ya no canto la esperanza,
ni la gloria, ni el contento...
¡Ni el dolor siquiera canto!
Mis labios enmudecieron
para escuchar lo que habla
mi corazón en el pecho.

LA MUSA

¿Piensas que soy cual ráfaga de otoño
que las lágrimas nutren, y en sus vuelos
hasta en las tumbas ávida las busca
cual rocío benéfico?

¡Un ósculo, poeta!

Yo soy, yo soy quien dártelo pretendo.
La ociosidad es la maligna hierba
que en ti quiso extirpar mi amante anhelo.
Tu dolor es de Dios. Aunque te arranque
agria queja el tormento,
desgarra más los bordes de la herida
que los ángeles negros,
el corazón cobarde traspasando,
en tu pecho han abierto.

¡Un gran dolor! No hay en el mundo nada
que más nos honre y enaltezca. Pero,
porque te llene el alma, no enmudezcas.
Son los cantos más tristes los más bellos;
algunos hay que no morirán nunca,
¡y son puro lamento!

Cuando, cansado de su largo viaje,
vuelve á tierra el pelicano, á lo lejos
entre las brumas abatir las alas
le ven sus pequeñuelos.
Pensando compartir la ansiada presa,
van con gritos de júbilo á su encuentro,
y abriendo el pico cuanto pueden, muestran
los garrates horrendos.
Hacia una roca, que la mar domina,
va el padre á pasos lentos;
bajo las alas la pollada abriga,
y, cazador infausto, mira al cielo.
La roja sangre mana en largo río
del desgarrado seno.
Sondeó en vano el proceloso abismo;
vacío está el Océano:
¡Su propio corazón trae á sus hijos
por único alimento!
Mudo, fosco, tendido en el peñasco,
sus entrañas les da, y aquel tormento
amor lo trueca en celestial deliquio.
Por el festín horrible medio muerto,

desmaya y se estremece,
de placer, de ternura y de horror ebrio.
A veces, el suplicio
no puede soportar; álzase fiero,
el aire azota con las fuertes alas,
arroja un grito lúgubre y colérico,
clava en su corazón el pico agudo,
y tan fúnebre adiós lanza á los vientos,
que huyen medrosas las marinas aves,
y al escucharlo el tosco marinero,
siente pasar la Muerte,
y se encomienda á Dios convulso y trémulo.

¡Del sublime poeta esa es la suerte!
Aplauda el mundo sus sentidos versos,
sin recelar el hórrido banquete
del pelicano en ellos.
Cuando habla de esperanzas engañosas,
de punzantes recuerdos,
de infortunios, de amor, ¡cuán triste suena
para su corazón aquel concierto!
Son sus estrofas vibradora espada
que en el aire, con vivo centelleo,
deslumbradores círculos dibuja;
ejercicio brillante, hermoso juego,
si no cayera sangre gota á gota
al blandir el acero.



EL POETA

¡Musa insaciable! Tu ansiedad refrena;
versos no pidas á mi loco afán.
¿Quién escribe sus sueños en la arena
cuando ruge furioso el huracán?

En mis labios, un tiempo, embelesada
la juventud cantaba su canción,
como al soplo de abril, en la enramada,
gorjean el pardillo ó el pinzón.

Después, el infortunio, que aún me azota,
me torturó, y á la primera nota
de mi escondido mal, que al viento dé,
cual frágil caña, quebrantada y rota
en mis manos la lira estrecharé.

LUCÍA

Un sauce en el cementerio
plantaréis cuando yo muera.
Es su lloroso follaje
simpático á mi tristeza,
y en mi humilde sepultura
será su sombra ligera.

Una noche de Abril, solos y juntos
estábamos los dos. Al lado de ella
me senté. Melancólica la frente
inclinó sobre el clave, y por las teclas
de marfil deslizábase su mano,
aún más blanca. Sonaba blanda y trémula
la vibración, como lejana brisa
que pausada los árboles moviera
porque no despertasen en sus frondas
los pájaros dormidos. Halagüeña
la dulzura, algo triste, de la noche

gozosos percibíamos, disuelta
en el perfume de las flores suave.
Las encinas del parque soñolientas
apenas se movían. Escuchábamos
el nocturno silencio. Medio abiertas
las persianas, dejaban libre el paso
al tibio ambiente enervador. Desierta
estaba la campiña, mudo el viento;
y ante el misterio de la noche excelsa,
untos los dos estábamos y á solas,
¡y contábamos quince primaveras!

A Lucía miré: pálida y rubia,
¡cuán hermosa la vi! Nunca más bellas
las humanas pupilas contemplaron
la inmensidad de la celeste esfera,
ni en espejo más claro reflejóse
su azul sereno. La ideal belleza
de aquella niña me embargó el sentido.
La amaba á ella, no más. Pero quererla
como á una hermana presumía: ¡tanto
era cándido y puro todo en ella!
Callamos largo rato. Entre mis manos
tenía yo su temblorosa diestra;
por su límpida frente pensadora
pasar veía sueños y quimeras;
y al sentir mis latidos sosegados,
comprendí cuánto alivian toda pena
la juventud del rostro y la del alma,
de ventura y de paz seguras prendas.
Brilló la luna en el augusto cielo,
y en un cendal de luz la dejó envuelta;
ella, viendo su imagen en mis ojos,
cantó sonriendo con sonrisa angélica.

.

¡Armonía! ¡Armonía! ¡Hija sagrada
de la aflicción! ¡Consoladora lengua
del amor, que, inventada por el genio,
nos dió Italia, y que á Italia descendiera
del alto cielo! ¡Idioma misterioso
del corazón, el único que expresa
el pensamiento sin rasgar sus velos,
ni exponerlo á miradas que le ofendan!
¿Quién sabe, quién, lo que comprende y dice